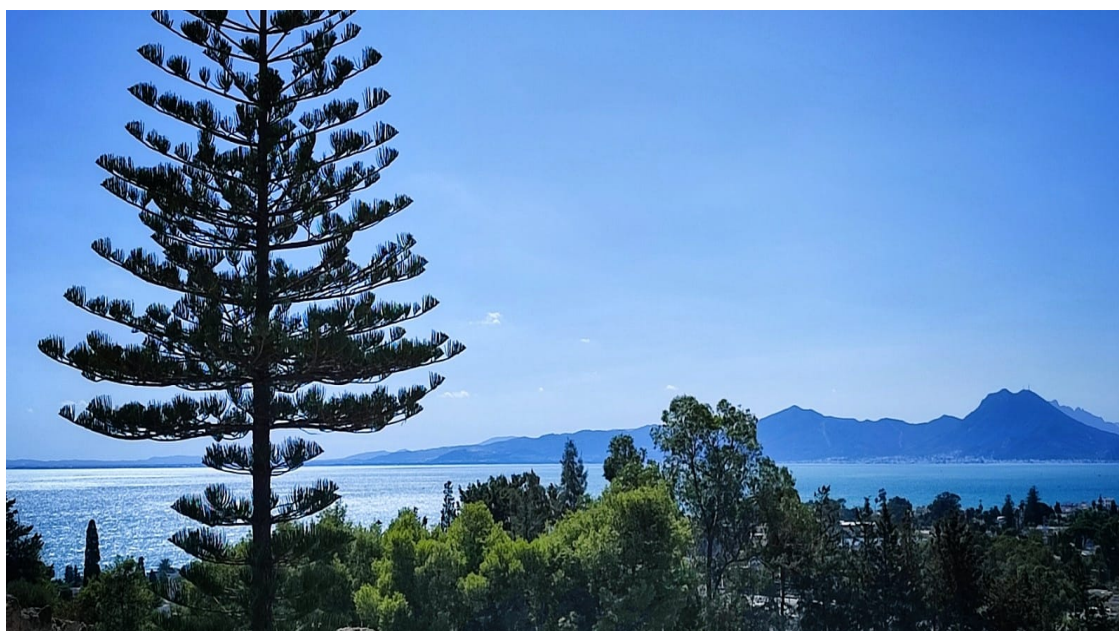


Como un árbol plantado junto al agua ...

Jeremías 17,8

Carta pastoral



+ Nicolas LHERNOULD
Arzobispo de Túnez

16 de septiembre de 2025

*Bendito quien confía en el Señor
y pone en el Señor su confianza.
Será un árbol plantado junto al agua,
que alarga a la corriente sus raíces;
no teme la llegada del estío,
su follaje siempre está verde;
en año de sequía no se inquieta,
ni dejará por eso de dar fruto.*

Jeremías 17, 7-8

Queridos amigos,

1. De marzo a junio pasado, recorrí el país en el marco de visitas pastorales a todas las parroquias y comunidades de la diócesis. Fue un período hermoso e intenso, durante el cual me reuní con un gran número de personas, realidades muy ricas y contextos muy variados. Después de mi llegada en junio del 2024, necesitaba tiempo para redescubrir Túnez y nuestra Iglesia, no como las había conocido durante los veinticinco años que viví aquí antes de mi partida a Argelia, sino como son hoy. Estas visitas contribuyeron en gran medida a ello. Gracias a todos por su acogida y por todo lo que han hecho para que yo pudiera saborear de cerca, junto a ustedes, la realidad de lo que vivimos.

2. Me gustaría compartir algunos aspectos de lo que percibí durante estas visitas y proponer caminos para alentarnos a avanzar juntos. Lo que diré no pretende ser exhaustivo. Tampoco es un plan de acción estructurado. El "programa" que debemos darnos colectivamente es ponernos *juntos* a la escucha del Espíritu para acoger y vivir *juntos* lo que Él nos muestra. Esta escucha activa del Espíritu Santo, que el sínodo sobre la sinodalidad ha animado a toda la Iglesia, es responsabilidad de todos. Mi papel es ayudar en ello, asegurar que cada uno pueda contribuir, que sigamos creciendo *juntos* como discípulos y que vivamos *juntos* la misión que Dios nos confía, la de servir su relación de amor con el mundo y con Túnez.

3. Desde que el Papa Francisco me pidió que partiera a Argelia, hace casi seis años, Túnez ha evolucionado, nuestra Iglesia ha evolucionado. Durante estas visitas, traté de estar atento a estas evoluciones, a lo que hoy constituye la especificidad de cada lugar y de cada comunidad. También a lo que tenemos en común, en términos de alegrías, expectativas, desafíos, necesidades... Por último, quise tratar de percibir con ustedes las "llamadas del país" tal como podemos escucharlas a través de nuestra vida cotidiana con la gente; al intercambiar con nuestros colaboradores, nuestros vecinos, nuestros amigos; encontrando también a las autoridades, a los actores de la sociedad...

4. Esta carta se compone de tres partes: en la primera, presento algunos de los puntos que me llamaron la atención durante estas visitas. En la segunda, comparto lo que siento como una llamada de Dios para todos nosotros: una llamada a vivir un “nuevo arraigo”. En la tercera, propongo diez pistas para avanzar en esta dirección. Dedicaremos este año 2025-2026 a releer y, en la medida de lo posible, a ajustar nuestra vida a la luz de estos diez desafíos. Una guía de lectura, que se encuentra al final de esta carta, podrá ayudar en este trabajo que cada parroquia se esforzará por hacer de aquí a la próxima primavera, cuando se llevarán a cabo encuentros diocesanos. Pondremos entonces en común lo que hayamos hecho, evaluando el camino recorrido y definiendo juntos el resto de la ruta.

5. Se trata de “construir juntos”, apoyándonos en nuestra herencia, en la inmensa riqueza de lo que vivimos hoy, en el tesoro de relaciones y amistades que cultivamos con la gente; poniéndonos a la escucha del Señor, a través de su Palabra, la vida, los acontecimientos. “Una casa se edifica con sabiduría, se consolida usando inteligencia; con el saber se llenan las estancias de objetos preciosos, deseables” (Pro 24,3-4); se hace mucho mejor cuando se trabaja juntos, en la complementariedad de los talentos de cada uno, al servicio del proyecto de Dios. Así, ya que “vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu” (cf. Ga 5,25).

6. Este proceso se une a la invitación del Papa León a poner en práctica las conclusiones del sínodo de la sinodalidad: participación, discernimiento, evaluación, y todo esto juntos. Hasta principios de 2027, se pide a todas las Iglesias del mundo, cada una según su propio rostro y dinámica, que vean cómo traducir en acciones las recomendaciones del sínodo. Seguirán en 2027-2028 etapas regionales y continentales, y luego una nueva asamblea en Roma, en octubre de 2028. No se trata de aplicar métodos, de crear estructuras, aunque esto sea en parte necesario, sino de seguir “caminando juntos”, aportando cada uno nuestra contribución activa a los discernimientos y a las decisiones oportunas para la vida de nuestra Iglesia hoy, en un proceso que también se preocupe por evaluar paso a paso el camino emprendido.

Algunas observaciones

7. Las evoluciones que he observado son numerosas. Solo retomo seis, que conciernen más directamente a nuestra Iglesia y que me han impresionado especialmente.

8. El rostro de nuestra Iglesia ha cambiado y sigue evolucionando. Aunque es difícil de evaluar con precisión, hoy somos alrededor de 30.000. Dentro de nuestras comunidades, el número de jóvenes, especialmente estudiantes y migrantes, es mucho menor que hace cinco años. El de los jubilados de origen europeo ha aumentado de manera significativa en algunas ciudades de la costa. La edad media de los consagrados, sacerdotes, religiosos y religiosas, ha disminuido notablemente. Nuestra Iglesia está rejuveneciendo, no tanto en el sentido de la edad de las personas, sino del tiempo de su experiencia en Túnez. Todo esto trae renovación, pero no está exento de desafíos: los recién llegados, sacerdotes, consagrados, laicos, catecúmenos, necesitan tiempo para descubrir, integrarse, formarse, dar progresivamente lo mejor de sí mismos... Carecemos de la presencia y el acompañamiento de nuestros mayores, mucho menos numerosos hoy.

9. Nuestra Iglesia está rejuveneciendo. Al mismo tiempo, la duración media de la presencia en el país disminuye. Las salidas y llegadas son rápidas. En un consejo parroquial de unas veinte personas, que conocí en mayo, solo cuatro todavía están allí este mes de septiembre. Estos movimientos también se han acentuado en las comunidades religiosas y consagradas. La época parece haber terminado en gran medida, cuando los misioneros llegaban sabiendo que tenían *a priori* toda una vida por delante en el país. Cuando se tiene el beneficio del tiempo, uno se invierte más resueltamente en el idioma, la cultura, las relaciones... Cuando uno sabe que está aquí por un tiempo limitado, por supuesto, puede vivir una experiencia fuerte, pero el desafío es mayor para embarcarse en una formación profunda, para tejer relaciones duraderas, para llevar a cabo proyectos a largo plazo... Por un lado, los miembros extranjeros de nuestras comunidades se quedan menos tiempo; por otro, los hermanos y hermanas originarios del país se proyectan naturalmente en una duración más larga. Las necesidades de formación y acompañamiento que de ello se derivan para unos y otros no son las mismas.

10. Nuestra Iglesia se caracteriza por una gran diversidad, de orígenes, de idiomas, de culturas... Esta realidad se ha acentuado. Hoy somos de más de ochenta nacionalidades, originarios de todos los continentes. Durante su visita a Túnez el 14 de abril de 1996, hace casi treinta años, el Papa Juan Pablo II ya lo destacaba: “Rebaño pequeño, ciertamente, pero diverso por las lenguas, las culturas, los orígenes, ustedes son una imagen elocuente de la Iglesia universal” (*Homilía en la Catedral de Túnez*, n. 4). ¡Alegrémonos de esta realidad, que muchas Iglesias en el mundo no tienen la gracia de vivir con tanta intensidad! También es un desafío: el de hacer Iglesia juntos, de dejar que Dios construya en esta diversidad el cuerpo que formamos, como Jesús lo hizo con sus primeros discípulos, como el Espíritu Santo lo hizo para la Iglesia primitiva, en la época de los Hechos de los Apóstoles. Nada de esto era evidente en los primeros tiempos del cristianismo. No nos extrañemos de que sea un desafío también en nuestra época. Pero un desafío magnífico, ya que toca la esencia misma de la Iglesia, su misión, su universalidad, su catolicidad.

11. La “geografía” de nuestra Iglesia se ha mantenido estable, y esto debe interpelarnos. Nuestras casas religiosas, salvo algunas excepciones, están concentradas en las ciudades y en la costa. En el interior del país, prácticamente ya no tenemos casas. Existe una falta innegable. Hay cristianos aislados que viven lejos de nuestros centros habituales, expresando la necesidad de una mayor proximidad y de un acompañamiento más cercano. En el interior de Túnez, se han vuelto demasiado raros nuestros puntos de contacto con lo que el Papa Francisco le gustaba llamar las “periferias”. Sin embargo, en estas regiones, emanan llamadas de la gente, que, en algunos casos, han conocido a otros de nuestros hermanos y hermanas que vivieron con ellos y que dejaron un testimonio cuyo recuerdo permanece vivo. No se trata de revivir el pasado, sino de escuchar estas llamadas, siendo conscientes de que es una prioridad mayor y permanente de la Iglesia estar atenta a las periferias, estar humildemente activa allí para dar testimonio de la cercanía de Dios con todos.

12. Nuestros puntos de contacto con la sociedad están muy vivos, pero también son menos numerosos. Estamos muy insertados en el mundo de la familia, especialmente la islamo-cristiana; en el ámbito educativo, en particular a través de las nueve escuelas que gestionamos; en el mundo de la cultura, gracias a varias bibliotecas y centros culturales; en el ámbito caritativo, a través de Cáritas, la colaboración con diversas asociaciones; en el mundo del trabajo por el compromiso

de muchos laicos en el tejido económico del país... Pero los contactos de proximidad se han vuelto mucho más raros en los pueblos, los barrios, el campo, los oasis donde estábamos mucho más presentes hace sólo veinticinco años. Se hace sentir la necesidad de redesplegar estos contactos, reinventándolos.

13. La necesidad de un proyecto común se hace sentir en toda la diócesis. Cada lugar, cada persona, cada compromiso me han parecido como perlas, preciosas y únicas. ¡Túnez es hermosa! ¡Nuestra Iglesia es hermosa! ¡Demos gracias a Dios por tal tesoro! A pesar de las incertidumbres y las fragilidades, es bueno vivir aquí la alegría del Evangelio, en la Iglesia y en una comunidad de destino con el pueblo tunecino; ser “servidores de la esperanza” —era el título de la carta pastoral común de los obispos de África del Norte en 2014— especialmente en este año jubilar, cuyo tema es precisamente el de la esperanza. Escuché en todas partes un mismo deseo: el de ver cómo estas perlas podrían hoy formar una pieza de joyería todas juntas. Un deseo de salir del encierro, de un contacto más cercano con la sociedad y con los demás en la Iglesia. Hay un trabajo que hacer, para que ninguna perla se sienta aislada, ni en la Iglesia ni con respecto a la sociedad; para ver cómo “enhebrar estas perlas”, como se compone una pulsera, actuando más juntos, acercándose aún más los unos a los otros, aún más cerca también de la gente.

Hacia un nuevo arraigo

14. Nuestra Iglesia necesita un nuevo arraigo. Durante estas visitas se confirmó esta intuición que había evocado en el editorial de “Flash”, nuestro boletín diocesano, en septiembre de 2024. Un arraigo en tres niveles: en Dios, en la sociedad y “los unos en los otros”. Esta necesidad se expresa con acentos diferentes según los lugares, pero nos es común, y eso es algo muy bueno. También he escuchado de boca de algunos de nuestros amigos musulmanes, atentos a lo que vivimos, este deseo de que estemos aún más cerca de la sociedad, en un espíritu de colaboración y de servicio. Acogemos todo esto como una luz del Espíritu Santo, como un criterio para releer nuestra vida, como una brújula para guiar nuestros compromisos.

15. El arraigo en Dios. He sentido una gran sed de vida espiritual, de profundización del encuentro con Dios, “más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”, decía San Agustín (*Confesiones* III,6,11). Este deseo viene de Dios. Jesús dice en el Evangelio: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti” (Jn 17,3). Es Dios mismo quien pone en los corazones estas palabras del salmista: “Mi alma está sedienta de ti” (Sal 62,2). Sin este arraigo en Dios, que siempre debe ser el primero, nada es posible ni duradero. Jesús lo dice claramente: sólo permaneciendo en Él podemos dar fruto. Fuera de Él, no podemos hacer nada (cf. Jn 15,4-5). Cuando Jesús llama a sus discípulos, el evangelista Marcos precisa que es “para que estuvieran con Él” (Mc 3,14) y para enviarlos a “predicar” la Buena Nueva (Ibid.). Nuestra primera prioridad es estar “arraigados y edificados en Él” (Col 2,7), ajustando los medios para ello. A menudo nos he oído expresar las siguientes necesidades: una formación bíblica más profunda, una educación en la oración, en la vida interior, el acompañamiento espiritual, una reflexión continua sobre la misión...

16. El arraigo en el país. Aquí también, se hace sentir una gran sed: la de ver cómo acercarnos a la gente y a la sociedad, de encontrar caminos para sumergirnos más en la vida. Se trata de “habitar la tierra” (cf. Sal 36,3), a la manera de Jesús que “habitó entre nosotros” (Jn 1,14) para hacer conocer a todos el amor y la cercanía de Dios. “Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo.” (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 269, 24 de noviembre de 2013). Se trata de vivir una encarnación real en el Túnez de hoy, no en la superficie ni “de paso” (cf. Ef 2,19), sino en profundidad y con perseverancia. Esto pasa por el conocimiento de la cultura, de la historia, del islam, el aprendizaje del idioma para aquellos que lo necesitan... sobre todo por la disponibilidad a descubrir lo que constituye la riqueza del otro, lo que lo hace vivir, para maravillarnos, valorarlo, nutrirnos de ello también nosotros mismos: “todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta” (Flp 4,8). El encuentro con los demás, cuando se vive en verdad y en profundidad, revela al mismo tiempo los tesoros que llevamos unos y otros. Es la experiencia de Isabel y María el día de la Visitación (cf. Lc 1,39-56).

17. El arraigo "los unos en los otros", es decir, la preocupación por formar un cuerpo, cuidando las relaciones fraternas, superando los

aislamientos cuando existen, ya sean geográficos, culturales o de otra naturaleza. Esta necesidad no se siente solo de un lugar a otro de la diócesis, sino también dentro de las comunidades particulares, en nuestras casas... Nadie es una isla y no debe sentirse como tal. Hay un verdadero trabajo que hacer de acogida mutua, de establecer relaciones, de aceptación de las diferencias. A menudo la diversidad da miedo: provenientes de horizontes muy diversos, no tenemos las mismas formas de hablar, de pensar, de orar, de comer, de gestionar, de descansar... La tentación puede ser fuerte de replegarse sobre sí mismo, o en pequeños grupos donde el semejante ya no se relaciona más que con el semejante. Este reflejo siempre termina siendo asfixiante, para nosotros mismos y para los demás. Se trata, por el contrario, de acoger la diversidad como una oportunidad, para crecer y dar testimonio del Evangelio. “¡Miren cómo se aman!”: en el siglo III, Tertuliano notaba en Cartago este asombro de los romanos ante la caridad fraterna que los cristianos se esforzaban por vivir. “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros” (Jn 13,35). La diversidad, vivida positivamente, da un fuerte testimonio de la catolicidad de la Iglesia, de la alegría que hay en vivir como hermanos y hermanas de Aquel que, en su persona, hace “un único hombre nuevo” (cf. Ef 2,15).

18. Las tres dimensiones de este arraigo son inseparables. La intimidad con Dios, la proximidad con la sociedad y la vida fraterna son los tres pilares a partir de los cuales debe desplegarse la vida de nuestra Iglesia. Esto es cierto en todos los tiempos. En cada período particular, se trata de ajustar los medios para vivirlo. Sin la intimidad con Dios, nada es posible. Sin proximidad con la sociedad, no hay encarnación. Sin vida fraterna, no hay testimonio. Me gusta ver en estas tres realidades las “acequias de Dios” de los que habla el salmo, que son a la vez promesa y medio de una fecundidad renovada: “Tú cuidas la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; *la acequia de Dios va llena de agua*, preparas los trigales; así preparas la tierra. Riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja mullidos, bendices sus brotes” (Sal 64,10-11). Nuestra Iglesia, como “un árbol plantado junto al agua” (Jr 17,8), debe extender sus raíces al mismo tiempo hacia estas tres acequias. Un árbol que ya ha dado mucho fruto a lo largo de diecinueve siglos de historia y que está llamado a continuar.

Caminos para avanzar

19. Para progresar en la dirección de este nuevo arraigo, me gustaría proponer diez pistas. No son exhaustivos. Algunos parecerán más importantes que otros según los lugares. Recibámoslos como criterios comunes para la relectura de nuestra vida, y como un aliento colectivo para seguir adelante.

20. [1] Ir al encuentro de nuestros hermanos y hermanas aislados o alejados. Es preciso señalar que muchos de nuestros hermanos y hermanas no participan en la vida de nuestras comunidades, por desconocimiento de nuestros lugares, debido a dificultades para desplazarse, por elección personal... Les animo, con delicadeza y sin forzar nada, a ir al encuentro, invitando, dando testimonio de la alegría que hay en ser Iglesia juntos... Viendo también cómo ayudar a las personas que quisieran venir pero no pueden, cualesquiera que sean las razones. No nos quedemos aislados dentro de nuestras comunidades. Construyamos realidades abiertas y acogedoras. Esto supone un cuidado especial a la acogida, un interés por acercarse a los demás, una atención a las personas solas, enfermas, a los recién llegados a nuestras ciudades, nuestros barrios... Todo esto se organiza y también debe ser llevado en la oración. Invito a cada parroquia a poner en marcha esta dinámica de la manera que se considere más oportuna en cada lugar; no como un servicio prestado por unos pocos, sino como una responsabilidad alegremente asumida por todos.

21. [2] Vivir el encuentro con nuestros hermanos y hermanas a través de un intercambio regular. ¿Nos conocemos realmente? ¿Suficientemente? Durante las visitas, participé en varios encuentros entre miembros de una misma comunidad parroquial. Muchos, viviendo cerca, a veces desde hace mucho tiempo, en realidad se conocían muy poco y aprendían mucho los unos de los otros. Estas experiencias fueron magníficas. Son necesarias más a menudo. No se trata sólo de conocerse, lo que ya es muy importante, sino sobre todo de intercambiar sobre nuestra vida, nuestra fe, nuestra experiencia con el país... ¡Lo aliento encarecidamente! Necesitamos nutrirnos de la experiencia de los unos y de los otros, alegrarnos de lo que Dios hace a través de los unos y de los otros. Que cada parroquia vea la manera de poner esto en práctica, para que se convierta progresivamente en un hábito. Esta experiencia podría también vivirse más a menudo entre parroquias y comunidades. El jubileo lo ha favorecido. Sería bueno continuar más allá del año jubilar:

peregrinaciones, excursiones, jornadas inter-parroquiales, eventos que reúnan a los jóvenes, las familias, los coros, los catecúmenos de diversos lugares... Para saborear no sólo la alegría de encontrarse, sino también para ofrecerse mutuamente la del compartir la vida.

22. [3] Construir la fraternidad partiendo de la Palabra de Dios, meditada en pequeños grupos que sean un reflejo de nuestra diversidad. “Amaos de corazón unos a otros con una entrega total, pues habéis sido regenerados, pero no a partir de una semilla corruptible sino de algo incorruptible, mediante la palabra de Dios viva y permanente” (1 P 1,22b-23). Por supuesto que es bueno y legítimo reunirse de vez en cuando en grupos homogéneos en cuanto al idioma, la edad, la nacionalidad... Pero a condición de no pasar unos al lado de los otros sin ocasiones de encuentros en la diversidad. Nuestra Iglesia no debe organizarse en grupos separados, sino atreverse al encuentro fraterno en la diferencia mucho más resueltamente de lo que lo hacemos hasta ahora. Por eso sugiero que en todas las parroquias se establezcan pequeños equipos fraternos, compuestos por personas diversas por sus orígenes, sus idiomas, sus edades, para orar, compartir, nutrirse juntos de la Palabra de Dios, una vez por semana, una vez por mes... Se decidirá en cada lugar el ritmo más adecuado. Lo importante es ser regulares y que estos equipos faciliten el intercambio de personas. El apoyo podría ser simplemente las lecturas del domingo siguiente. Construyamos la fraternidad experimentando que nos necesitamos unos a otros para acoger la Palabra y para vivir de ella.

23. [4] Rezar más en árabe. En la diócesis, la misa se celebra regularmente en francés, en inglés, en italiano, más ocasionalmente en español, en polaco, en alemán... y en árabe. He escuchado a menudo el deseo de que la lengua árabe esté más presente en nuestras liturgias. El árabe es la lengua de Túnez. Utilizarla, incluso si se requiere un esfuerzo para quien no es arabófono, es un medio esencial para rezar mejor por el país, y para ayudar a nuestros hermanos y hermanas cuya lengua materna es el árabe a encontrar su lugar en nuestras comunidades. Propongo un principio: que en toda misa dominical haya al menos un elemento en árabe, un canto, una lectura, una intención de oración, una parte de la plegaria eucarística, el Padre Nuestro... Esto supone un poco de formación, no sólo para los sacerdotes, y también algunas herramientas. Será bueno establecer un cancionero diocesano en árabe o “multilingüe”, donde se pueda cantar en diferentes idiomas con una misma melodía. Debemos trabajar en la inculturación de nuestra oración, dando cabida a la vida cotidiana más de lo que ya lo hacemos.

Las intenciones de oración universal sin referencia explícita a la vida del país serían realmente incompletas. Muy a menudo es el caso. Debemos mejorar esto. Dar hospitalidad en la vida diaria en nuestra oración es fundamental para que nuestra vida esté cada vez mejor encarnada.

24. [5] Poner en el centro de nuestras comunidades a Jesús y al más pequeño. Es una ley evangélica: una comunidad se construye y resplandece tanto mejor cuanto más se esfuerza por poner en su centro a Jesús y al más pequeño, con quien Él quiso identificarse: “cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40). El Evangelio de Lucas da un buen ejemplo de ello (Lc 5,17-26): en medio de una multitud desordenada, un “pequeño” de este mundo, llevado en una camilla, es introducido en la casa por el tejado. Se encuentra en el centro con Jesús, quien le perdona sus pecados, le pide que se levante, que camine. La multitud unánimemente da gloria a Dios: “Y, llenos de temor, decían: ‘Hoy hemos visto maravillas’” (Lc 5,26). El evento constituyó a la multitud en una comunidad de alabanza y de testimonio. En la lógica del Reino, aquellos que están en los márgenes del mundo están en el centro con Jesús. La Iglesia es tanto más servidora del Reino de Dios cuanto más entra en esta lógica, poniendo en el centro a Jesús en su Palabra, en la eucaristía, y en la persona del más pequeño. No es que los más pequeños sean mejores que los demás, sino en la medida en que Él mismo quiso identificarse con ellos de manera privilegiada. Al crecer en esta lógica, nos damos cuenta de que todos somos “pequeños”, y que al dejar que Dios toque nuestra pequeñez podemos crecer como Él mismo lo desea. Que cada comunidad examine la manera en que vive esta realidad, y vea, con discernimiento, cómo vivirla mejor. ¿Quiénes, hoy, son los “pequeños” que Dios espera “en el centro” con Él? Evitando toda actitud paternalista, hagamos Iglesia juntos, en la lógica del Reino. Esto requiere una mirada evangélica sobre las fragilidades humanas. “Enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano” (Sb 12,19): esta verdad debe guiarnos ante toda forma de fragilidad. Cuando nos encontramos con una persona que sufre, “ser justo” es ver cómo contribuir a aliviar este sufrimiento, como el Buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37). Si no se puede, intentar orientar hacia soluciones viables. Todo esto con respeto a la legalidad. Se cuenta del Cardenal Duval, quien fue durante mucho tiempo arzobispo de Argel, esta palabra de sabiduría: “Hay que ser recto, justo y bueno, y siempre en ese orden”. “Ser justo” es también sentarse con la persona, cada vez que sea posible, y reflexionar con ella, si ella lo consiente, sobre lo que constituye la orientación de su vida. Hablar con un hermano, una hermana, a menudo ayuda a ver más claro, a apartar

los peligros de los caminos desviados, a elegir el camino del bien y a seguirlo. “Esto dice el Señor: Paraos en los caminos a mirar, preguntad por las rutas antiguas: dónde está el buen camino y seguidlo, y así encontraréis reposo”. (Jr 6,16).

25. [6] Desarrollar ocasiones de encuentro con los musulmanes.

Antiguamente existían en Túnez lo que se llamaba las “realidades colectivas”: veladas abiertas a todos, cristianos y musulmanes, deseosos de abordar juntos cuestiones de interés común, sobre temas sociales, culturales o de otro tipo, con una presentación a cargo de uno de los participantes seguida de un debate y una cena. Estos encuentros merecerían renacer, en Túnez Ciudad o en otro lugar. De manera más general, busquemos suscitar “plataformas de encuentro”, que permitan estar atentos “los unos en los otros para estimularnos a la caridad y a las buenas obras” (Hb 10,24). Existe una variedad de posibilidades: clubes de lectura, salidas culturales, conferencias, comidas, cineclubes, senderismo, hospitalidad durante las fiestas... “Este diálogo de la vida es un lugar de intercambio sobre la sociedad y sus evoluciones, sobre el mundo tal como es y tal como va. Estamos comprometidos en sociedades que evolucionan. Ayudémonos los unos a los otros a no perder nuestra identidad en ellas, sino a guardar y promover, en una alegre y confiada esperanza, todos los valores de humanidad que tenemos en común” (CERNA, *Servidores de la Esperanza*, 3.3, 1 de diciembre de 2014). Veamos también cómo utilizar mejor nuestras casas. Demasiados de nuestros espacios están infrautilizados, a la espera de proyectos, de nuevas dinámicas. Seamos creativos e innovadores, sin buscar cosas extraordinarias, sino favoreciendo este espíritu de encuentro.

26. [7] Mostrar creatividad escuchando las expectativas de la gente.

¿Cómo nos ven ustedes? ¿Qué esperan ustedes de nosotros? Cuando hice estas preguntas, tres temas volvían a menudo: los jóvenes, la cultura y el medio ambiente. Aquí hay algunos ejemplos: “¿Podrían desarrollar espacios de trabajo cooperativo (*coworking*) para los jóvenes, acogedores y conectados?” “¡Ah, si una comunidad estuviera presente en nuestra ciudad y pudiera proponer actividades culturales para los más jóvenes, deporte, películas, música!” “¿Qué podemos hacer juntos para trabajar y sensibilizar sobre la protección del medio ambiente?” Tales llamadas deben interpelarnos, no sólo porque “todo lo que es humano tiene que ver con nosotros”, como decía el Papa Pablo VI (*Ecclesiam suam*, n. 101, 6 de agosto de 1964), sino sobre todo porque emanan de la gente. ¿Cuáles son las expectativas que escuchamos a nuestro alrededor?

¿Qué podemos poner en práctica para estar más atentos a ellas y tratar de aportar nuestra contribución? Estas llamadas son también indicaciones preciosas con vistas a posibles fundaciones, en las regiones donde estábamos hasta hace unos años atrás o en otras. Si pudiéramos refundar de aquí a unos años, una, dos o tres casas religiosas en el Túnez donde ya no estamos, sería formidable. Me alegra que algunas familias religiosas estén reflexionando sobre ello. Para ello se necesitan personas, y proyectos en sintonía con las expectativas y necesidades actuales de la gente. Se trata de un desafío fundamental para la vida espiritual y para el testimonio dado al Evangelio: “Cada generación cristiana debe, por su propia cuenta, hacer este descubrimiento del Rostro de Cristo *que corresponde a las preguntas y necesidades* del hombre de su época”, escribían en 1979 los obispos de África del Norte (CERNA, *El sentido de nuestros encuentros*, 3.2, 4 de mayo de 1979).

27. [8] Vivir y ayudar a vivir la alegría de darse. “Hay más dicha en dar que en recibir” (Hch 20,35). A esta alegría del don, toda persona es llamada. Cada uno es capaz de dar, habitado por el deseo de poder darse. Jesús nos enseña el camino de la alegría por medio del don de sí mismo, para que su alegría esté en nosotros, y nuestra alegría llegue a plenitud (cf. Jn 15,11). La misión consiste en confiar el Evangelio, que invita en particular a esta experiencia. Ayudar a cada uno a darse para conocer esta alegría, cuya fuente es Dios mismo... Esto supone aceptar ponerse más a menudo en el lugar de quien recibe, tener la capacidad de valorar lo mejor del otro, de maravillarse de ello, de secundarlo. El apóstol Pablo dice esto de una hermosa manera a los cristianos de Corinto: “no porque seamos señores de vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría” (2 Co 1,24a). Nuestras casas, nuestras parroquias, nuestras obras, la manera en que vivimos nuestras colaboraciones ¿están suficientemente ancladas en esta lógica? ¿Favorecen el compromiso de cada uno? ¿Cómo progresar? Seamos los facilitadores y los testigos maravillados del acto de ofrenda que cada uno desea y está en capacidad de hacer de sí mismo.

28. [9] Poner los medios para formarnos: formación cristiana, idiomas, costumbres y tradiciones, cultura, islamología... El Centro de Estudios Diocesano, la Conferencia de los Superiores Mayores, la Biblioteca Diocesana y otras realidades ya proponen muchas cosas. Trabajamos para desarrollarlas, hacerlas más accesibles, más coordinadas. Es un proyecto muy vasto. Una sesión de formación inicial de dos meses está en marcha este otoño: una hermosa innovación que responde a una expectativa expresada desde hace mucho tiempo. Sin una formación sólida, inicial y continua, no hay arraigo posible. “Es

nuestro deber poner los medios para formarnos en la fe, para crecer como discípulos y ser capaces, en todas las circunstancias, de ‘dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y respeto’ (cf. 1 P 3,15-16)” (CERNA, *Servidores de la Esperanza*, 2.3). Se trata también de aprender “a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos” (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 91). Releamos las experiencias de formación actualmente en curso, evaluemos las necesidades a nivel de cada comunidad y ajustemos nuestros medios en consecuencia.

29. [10] Sostenernos los unos a los otros y sostener el país en la oración. La diócesis del Sahara argelino ha puesto en marcha desde hace varios años una iniciativa inspiradora: la “rueda de la oración”. Cada día del mes, una realidad de la diócesis ora por toda la diócesis y toda la diócesis sostiene esa realidad por medio de la oración. Podemos fácilmente poner esto en práctica, a nivel parroquial o diocesano, pidiendo a un pequeño grupo que coordine la cosa, que establezca un calendario... Una manera de acercarnos los unos a los otros y de acercarnos al país; la Escritura nos invita a ello: “Animaos mutuamente y edificaos unos a otros, como ya lo hacéis [...] Sed constantes en orar [...] Dad gracias en toda ocasión [...] orad también por nosotros” (1 Ts 5,11.17-18.25). Más ampliamente, “en sociedades donde la llamada a la oración resuena cinco veces al día, también nosotros estamos llamados a celebrar las alabanzas de Dios con asiduidad, como hijos de Dios. [...] Por la oración discreta, perseverante, en medio de una humanidad de la que compartimos la vida diaria, hacemos presente y damos a conocer en qué consiste ‘la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria’ (Col 1,27)” (CERNA, *Servidores de la Esperanza*, 3.6).

"Como un árbol junto al agua"

30. No se trata de hacer las cosas deprisa, sino de caminar paso a paso respetando el tiempo de Dios. Cada parroquia podrá elegir entre los diez caminos propuestos aquellos que le parezcan más pertinentes en relación con su vida de hoy. Cuidemos juntos los cimientos,

trabajemos en las raíces. Como un árbol junto al agua, “que alarga a la corriente sus raíces” (Jer 17,8): la de la vida en Dios, la de la vida con la sociedad, la de la vida los unos con los otros. La intimidad con Dios, la proximidad con la sociedad y la vida fraterna son esta corriente hacia la cual debemos extender nuestras raíces; para seguir creciendo siguiendo a Jesús, en la Iglesia y en compañía con el pueblo tunecino.

31. Me gustaría terminar con una historia que ilustra la forma en que debemos caminar. El 3 de diciembre de 2014, yo estaba en Sfax. Estaba acompañando al Padre Yvon, quien se dirigía como cada martes al Centro Errahma, donde se acoge a niños con trastornos del desarrollo. Un niño pequeño estaba concentrado en una paleta de plástico, poniendo gran cuidado en enhebrar perlas en líneas regulares. A veces se equivocaba de color, volvía a colocar la perla con delicadeza sobre la mesa, tomaba otra... De perla en perla aparecía un dibujo muy hermoso, que era su orgullo y la alegría de su educadora. Su ejemplo me conmovió mucho, al remitirme a mi vida diaria: cuando las tareas son numerosas, cuando se vuelven pesadas, cuando falta tiempo o soluciones, el método justo es la delicada paciencia que este niño pequeño demostraba tan bien. Acoger a cada persona como una perla, tomarse el tiempo con ella, valorarla, ayudar a que todas las perlas formen un conjunto armonioso. Apremiar su diversidad, reconocer su complementariedad, saber contemporizar, acercarlas progresivamente para que se conviertan en una hermosa imagen juntas; la de Alguien... Ese día, me sentí más discapacitado que este niño al pensar en los numerosos momentos en que yo hacía las cosas de otra manera... Agradecí a Dios por haberme hecho crecer gracias a él. El Espíritu nos habla a través de la sabiduría de los pobres y de los pequeños. Que su ejemplo nos aliente y nos estimule para seguir adelante.

+ Nicolás, el 16 de septiembre de 2025
Solemnidad de San Cipriano

Una guía de lectura

INTRODUCCIÓN [nn. 1-6]

- ¿Qué nos impresionó durante la visita pastoral a nuestra parroquia?
- ¿Qué hemos retenido de ella? ¿Qué hemos puesto en práctica después de esa visita?
- “Construir juntos”: ¿cómo acogemos esta invitación?

ALGUNAS OBSERVACIONES [nn. 7-13]

- ¿Nos sorprenden estas observaciones? ¿Nos interpelan?
- ¿A qué nivel nos sentimos concernidos por estas evoluciones?
- ¿Qué otras evoluciones importantes observamos donde vivimos?

HACIA UN NUEVO ARRAIGO [nn. 14-18]

- ¿Nos sentimos arraigados en Dios, en el país, los unos en los otros?
- ¿Qué hacer para estar mejor arraigados hoy en estas tres dimensiones?
- ¿Cuáles serían las acciones prioritarias para ello en nuestra parroquia?

PISTAS PARA AVANZAR [nn. 19-29]

[1] Ir al encuentro de nuestros hermanos y hermanas aislados o alejados (n. 20)

- ¿Ya lo hacemos? ¿De qué manera?
- ¿Cómo nos organizamos comunitariamente para ello?

[2] Vivir el encuentro con nuestros hermanos y hermanas a través de un intercambio regular de vida (n. 21)

- ¿Ya lo hacemos? ¿De qué manera?
- ¿Qué decidimos para vivir este intercambio regularmente?

[3] Construir la fraternidad partiendo de la Palabra de Dios, meditada en pequeños grupos que sean reflejo de nuestra diversidad (n. 22)

- ¿Qué barreras detectamos en nuestra comunidad?
- ¿Qué decidimos para poner en práctica la experiencia propuesta?

[4] Orar más en árabe (n. 23)

- ¿Cuál es el lugar del idioma árabe en la oración de nuestra parroquia?
- ¿Qué decidir para que se afiance?

[5] Poner en el centro de nuestras comunidades a Jesús y al más pequeño (n. 24)

- ¿Cuáles son las principales fragilidades humanas a nuestro alrededor?
- ¿Qué hacer para intentar poner en práctica el enfoque propuesto?

[6] Desarrollar las oportunidades de encuentro con los musulmanes (n. 25)

- ¿Cuáles son nuestras oportunidades de encuentro con los musulmanes?
- ¿Qué podemos crear para ampliar esta experiencia?

[7] Mostrar creatividad escuchando las expectativas de la gente (n. 26)

- Jóvenes, cultura, medio ambiente: ¿percibimos estas mismas llamadas?
- ¿Qué otras llamadas escuchamos? ¿Qué ideas para responder a ellas?

[8] Vivir y ayudar a vivir la alegría de darse (n. 27)

- El don de sí mismo: ¿cómo lo vivimos? ¿Ayudamos a vivirlo?
- ¿Nuestra parroquia fomenta el compromiso? ¿Cómo progresar?

[9] Poner los medios para formarnos (n. 28)

- ¿Qué medios ponemos hoy para formarnos?
- ¿Qué necesidades de formación sentimos más especialmente?

[10] Sostenernos los unos a los otros y sostener el país en la oración (n. 29)

- ¿Experimentar "la rueda de la oración" a nivel de nuestra parroquia?...
- ¿Qué nos enseña el hecho de vivir en Túnez sobre la oración?

"COMO UN ÁRBOL JUNTO AL AGUA" [nn. 30-31]

- ¿Qué puntos retenemos como los más importantes para nosotros en esta carta? Si tuviéramos que tomar solamente una resolución, a nivel individual o comunitario ¿cuál sería?
- ¿Hemos tenido ya la experiencia de que "el Espíritu Santo nos habla a través de la sabiduría de los pobres y de los pequeños"? ¿Tenemos alguna historia para compartir en este sentido?

Tabla

Introducción -----	3
Algunas observaciones -----	5
Hacia un nuevo arraigo -----	7
Caminos para avanzar -----	10
"Como un árbol junto al agua" -----	15
Guía de lectura -----	17

ILUSTRACIÓN DE PORTADA:

Bahía de Cartago, desde la colina de Byrsa

Fotografía de Olivia OLIVO

